

Santiago Guijarro Oporto, Mauro Pesce, Pierluigi Piovanelli

## A Discussion of Claudio Gianotto's Book: *Ebrei credenti in Gesù*

Santiago Guijarro Oporto

### El Evangelio según Mateo, la Carta de Santiago y la Didajé

El Prof. Gianotto nos ofrece en este libro un instrumento utilísimo para el estudio de la trayectoria de un grupo de personas y comunidades que fueron determinantes en los comienzos del cristianismo: los hebreos creyentes en Jesús. La introducción, que ocupa las primeras doscientas páginas, ofrece una visión panorámica que invita a la lectura de los textos reunidos en la segunda parte del libro. Quien desee acercarse a esta parcela fundamental de los orígenes cristianos agradecerá enormemente poder encontrar en un solo volumen textos de tan diversa procedencia, sobre todo porque se presentan en una traducción autorizada y con unas notas explicativas precisas.

En este comentario breve voy a referirme solo a un aspecto que considero de gran interés en el estudio de este grupo particular de creyentes en Jesús: los comienzos de lo que luego será un fenómeno con contornos más definidos. Los primeros seguidores de Jesús fueron, en su inmensa mayoría, hebreos. Sin embargo, ya durante la primera generación, algunos de ellos se distinguieron de los demás por su interés en mantener ciertas prácticas tradicionales y por su vinculación a los otros hebreos que no eran discípulos de Jesús. El ejemplo más claro de esta posición, al que con razón el Prof. Gianotto dedica un amplio espacio en la introducción, es Santiago el Justo (pp. 56-73). De hecho, el comentario de las noticias sobre el hermano del Señor constituye la parte central y más importante del apartado dedicado a los inicios en dicha introducción, y determina, en cierto modo, la selección de los textos sobre este periodo en la segunda parte (pp. 217-231).

Efectivamente, los orígenes de este grupo particular de hebreos creyentes en Jesús que más tarde adquirirá una fisonomía más precisa en grupos diversos (ebionitas, nazarenos, etc), hay que buscarla en estos discípulos jerosolimitanos liderados por Santiago durante una veintena de años (43-62 d.C.). Ahora bien, más allá de estos datos incontestables, creo que sería interesante preguntarse por los factores que propiciaron la diferenciación de este grupo con respecto a otros grupos de creyentes en Jesús.

En el origen de esta diferenciación se encuentran, a mi modo de ver, dos factores. El primero de ellos es el influjo de la política imperial con respecto a los judíos. Jerusalén y la aristocracia hebrea vinculada al templo eran una caja de resonancia de dicha política. Por eso, no es extraño que el periodo en que la comunidad jerosolimitana estuvo bajo la dirección de Santiago y adoptó posiciones más acordes con las prácticas hebreas, coincida en gran parte con el reinado de Claudio. A diferencia de Calígula, su predecesor, Claudio (41-54 d.C.) llevó a cabo una política más tolerante con los judíos, llegando a promulgar un edicto a favor de ellos (Josefo, *Ant.* 19, 287-291), y nombró a su amigo Agripa, que se había educado en Roma y tuvo que congraciarse con la aristocracia de Jerusalén, rey sobre toda Palestina. Estos factores contribuyeron, sin duda, a reforzar la identidad de los grupos hebreos, sobre todo en Jerusalén, e hicieron más difícil la presencia en la ciudad de otros grupos en los que la identidad hebrea tradicional era menos clara. De hecho, Lucas sitúa al comienzo del gobierno de Agripa la muerte de Santiago y la persecución de los discípulos galileos (Hch 12, 1-5).

En una situación así solo había lugar en Jerusalén para una comunidad de creyentes en Jesús que tuviera una clara identidad hebrea. Allí había desde el principio un grupo notable de personas que se habían acercado a Jesús y habían creído en él (Nicodemo, escribas, fariseos, etc), pero fue en este momento y debido a esta circunstancia cuando se convirtieron en el grupo de discípulos más importante de la ciudad. El relato de Hechos deja entrever cómo fueron saliendo de ella sucesivamente los creyentes en Jesús procedentes de la diáspora (helenistas) y el grupo vinculado a los discípulos galileos (los Doce).

Esta circunstancia explica la ascensión de Santiago, y está relacionada con el segundo de los factores a los que me he referido antes. Este segundo factor es la vinculación de la familia de Jesús con Judea. En los relatos evangélicos de la infancia, esta vinculación aparece en diversos momentos. La investigación reciente ha discutido detalladamente un aspecto de estas noticias: si Jesús nació en Belén, o en Nazaret; pero no ha prestado atención a la información de fondo, que tiene interés, según creo, para explicar por qué Santiago el Justo, adquirió pronto un lugar tan prominente en la comunidad jerosolimitana. Estas noticias sugieren que la familia de Jesús procedía de Judea, lo cual encaja per-

fectamente con el dato histórico de la emigración promovida por los asmoneos después de la conquista de Galilea en el año 104 a.C., y se puede confirmar observando que todos los nombres de los familiares de Jesús son hebreos. Esta vinculación de Santiago y de la familia de Jesús en general con Judea, hizo de él un candidato preferible a otros discípulos galileos (o incluso procedentes de una polis pagana, como Simón y su hermano Andrés), para presidir la comunidad de los creyentes en Jesús en Jerusalén.

Debido a su vinculación a Jerusalén, este grupo de discípulos desempeñó un papel importantísimo en la primera generación. Su influjo se percibe bien en las pocas noticias que Pablo transmite en los dos primeros capítulos de la Carta a los Gálatas, especialmente en la evocación que hace del incidente en el que “los de Santiago” hicieron que Pedro y Bernabé cambiaran su posición con respecto a la comunión de mesa con los gentiles (Gál 2, 11-14). El influjo de este grupo y su alcance se pone de manifiesto también en la división de los campos de misión acordada en la visita que Pablo y Bernabé habían hecho antes a Jerusalén. En esta noticia aparece por primera vez, en mi opinión, una caracterización indirecta de este grupo al distinguir entre dos proyectos misioneros: “nosotros (Pablo y Bernabé) a las naciones (*eis ta ethne*); ellos (Santiago, Pedro y Juan), a la circuncisión (*eis ten peritomen*)” (Gál 2, 9). Creo que esta distinción, que no es puramente étnica, pues había también hebreos entre las naciones, podría incluirse en la discusión sobre la terminología que ocupa las primeras páginas de la introducción.

En todo caso, el horizonte de una misión específica llevada a cabo por este grupo hace pensar que su influjo no quedó circunscrito a la comunidad de Jerusalén. Llegó, sin duda, como hemos visto, a Antioquía; y debió ser muy activa en toda Palestina, como sugiere la noticia de Julio el Africano recogida por Eusebio de Cesarea (*Hist. Ecl.* 1,7,14; texto citado en p. 298) y en los territorios cercanos (Fenicia, Decápolis, etc). Más aún, los discípulos corintios a los que se dirige Pablo parecen tener noticia de que “los hermanos del Señor y Cefas” estaban realizando una misión itinerante más allá de las fronteras de la tierra de Israel (1Cor 9, 5).

Esta difusión del grupo de los hebreos creyentes en Jesús induce a buscar vestigios de su presencia en los textos que han llegado hasta nosotros. Los citados en el primer epígrafe de la segunda parte del libro de Gianotto (La literatura neotestamentaria) son los más evidentes, pero me parece que podrían añadirse, con las debidas reservas, algunos otros que ayudarían a conocer mejor este grupo de creyentes en Jesús durante el siglo I d.C.

Algunos autores han sugerido con buenos argumentos que los himnos citados por Lucas en los dos primeros capítulos de su evangelio, sobre todo el *Benedictus* y el *Magnificat*, reflejan una teología y un

tono netamente hebreo (son himnos a Dios, muy diferentes a los de las comunidades helenistas). Habría que considerar también, al menos como una hipótesis plausible, la posibilidad de que algunas tradiciones preevangélicas que forman parte del material propio de Mateo, lo mismo que composiciones más elaboradas como el Relato tradicional de la pasión, que tiene una teología netamente hebrea, estén también relacionados con este grupo.

Finalmente, dejando este terreno más hipotético de las composiciones preevangélicas, me parece que hay dos textos estrechamente vinculados a este grupo de discípulos. El primero de ellos, la Carta de Santiago, hace explícita esta conexión en la atribución pseudonímica al líder de la iglesia de Jerusalén. El segundo, la Didajé, aunque aparentemente dirigido “a las naciones”, es claramente un escrito vinculado al grupo de los hebreos creyentes en Jesús. El Evangelio según Mateo, la Carta de Santiago y la Didajé reflejan de diversas formas aquella primera expansión de dicho grupo (cfr. H. van de Sandt and J.K. Zangenber, *Matthew, James, and Didache. Three Related Documents in Their Jewish and Christian Settings*, Atlanta 2008).

Concluyo reiterando la gratitud de quienes nos dedicamos al estudio de los comienzos del cristianismo por esta magnífica y utilísima obra, que ha logrado reunir en un solo volumen una presentación de conjunto y una selección de los textos que hablan de aquel grupo de hebreos creyentes en Jesús que tanto influyó en la configuración del cristianismo en sus orígenes.

Santiago Guijarro  
Universidad de Salamanca  
sguijarroop@upsa.es